

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

La permanencia de lo otro.

Tolchinsky, Mora.

Cita:

Tolchinsky, Mora (2022). *La permanencia de lo otro*. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/565>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/h3U>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA PERMANENCIA DE LO OTRO

Tolchinsky, Mora

Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires. Programa de Residencias PRIM. Moreno, Argentina.

RESUMEN

En el presente escrito se desarrollará el concepto de duelo trabajado desde diversas perspectivas psicoanalíticas y filosóficas. Para abordar dicho concepto se tomarán diversas viñetas clínicas y experiencias de mi trabajo como residente en el sistema de salud público. Estas viñetas clínicas se extraen de mi trabajo en la Unidad Sanitaria Cortés localizada en el Municipio de Moreno y de mi rotación curricular por el Hospital de Niños “Dr. Ricardo Gutiérrez” y el Hospital General de Agudos “Dr. Enrique Tornú”. Este material clínico contribuirá a aportar una mirada sobre el rol del psicólogo en el trabajo y acompañamiento con pacientes que están atravesando situaciones de duelo, poniendo el foco en el ámbito de los cuidados paliativos.

Palabras clave

Duelo - Psicoanálisis - Filosofía - Cuidados paliativos

ABSTRACT

THE PERMANENCE OF THE OTHER

In this paper, the concept of mourning will be developed from various psychoanalytic and philosophical perspectives. To address this concept, various clinical vignettes and experiences of my work as a resident in the public health system will be taken. These clinical vignettes are taken from my work at the Unidad Sanitaria Cortés located in the Municipality of Moreno and from my curricular rotation at the “Dr. Ricardo Gutiérrez” Children’s Hospital and the “Dr. Enrique Tornú” General Acute Hospital. This clinical material will contribute to provide a look at the role of the psychologist in the work and accompaniment with patients who are going through grieving situations.

Keywords

Duel - Psychoanalysis - Philosophy - Palliative care

Apertura

¿Desde dónde escribo cuando escribo? Probablemente desde mi experiencia. Una experiencia marcada hace dos años por el trabajo como residente de psicología en el sistema de salud público. A lo largo de estos años como residente de PRIM Moreno inserta en la Unidad Sanitaria Cortés, y tras haber atravesado varias rotaciones curriculares, me surgieron gran cantidad de interrogantes y reflexiones. En este trabajo intentaré precisar algunas. Sin ánimos de obtener una respuesta unificada ni cerrar ninguna cuestión, sino más bien, abriendo preguntas motivadas por mi curiosidad y entusiasmo. Hace un tiempo una persona

muy querida me contó sobre la etimología de la palabra entusiasmo. Esta palabra es un sustantivo griego formado por la preposición “en” y el sustantivo theós que significa “dios”. La idea que hay detrás de esta definición es que cuando nos dejamos llevar por el entusiasmo es un dios el que entra en nosotros y se sirve de nuestra persona para manifestarse, como les ocurría —creían los griegos— a los poetas, los profetas y los enamorados. Y creo fervientemente, que desde el entusiasmo es que escribo estas líneas y en estos pensamientos me hablan otros. Quizás no es dios quien entre en mí, pero sí otras voces que me atravesaron y atraviesan.

El desapego es una manera de querernos

El desapego es una manera de querernos, como se titula este apartado, no es un nombre que se me haya ocurrido a mí. Selva Almada, escritora y periodista argentina, eligió este nombre para nominar a uno de sus libros donde agrupa una serie de cuentos. Con este libro en mano llegó Alejandra de 49 años de edad a su sesión de psicología en la Unidad de Cuidados Paliativos del Hospital Tornú. Inició tratamiento psicológico tras el fallecimiento de su marido, Waldo, en septiembre del año pasado. Hoy, tras varios meses de asistir a terapia, llega a sesión abrazando este libro y entusiasmada. Manifiesta estar con ganas de volver a enamorarse. Alude que recurrentemente percibe “señales mágicas” de Waldo, su difunto marido. En sintonía con esto, manifiesta que él antes de morir le dijo - cual premonición - que ella iba a volver a enamorarse. A la sesión siguiente relata que comenzó a salir con Roberto, su profesor de mecánica de motos. Tiene la certeza que Waldo hizo que Roberto apareciera en su camino, tal como sentenció antes de morir. En dicha sesión menciona tanto similitudes como diferencias entre Roberto y Waldo. Y le tranquilizó poderle transmitirle a Roberto, su nueva pareja, todo lo que encuentra de Waldo en él. Hoy, en concordancia con el libro que posee entre manos, refiere que a su marido lo va a seguir queriendo pero que ya no lo necesita para ser feliz. ¿Es posible dar lugar a lo nuevo sin terminar de tramitar lo viejo? ¿Hay un duelo no realizado en Alejandra? ¿Ya efectuó el trabajo de duelo? Y finalmente: ¿Qué es hacer el duelo? Dichos interrogantes me llevaron a querer investigar acerca de la noción de duelo desde algunas perspectivas psicológicas y filosóficas. Partiré de la definición de duelo postulada por Freud para cuestionar y ampliar dicha noción. Este autor se detiene en describir al duelo como un trabajo. Respecto a este trabajo Freud dirá: “Se ejecuta pieza por pieza con un gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto

perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobre investidos y en ellos se consuma el desasimiento de la libido.” (p.243) Tomando esta definición podríamos pensar que el trabajo de duelo se consuma una vez que se desiste libidinalmente el objeto perdido. En este sentido el autor agrega: “(...) Pero, de hecho, una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” (p.243). Tras tomar esta definición surgen los siguientes interrogantes: ¿Es posible desasir libidinalmente un objeto de forma completa? ¿Es posible como resultado obtener un yo libre y desinhibido? ¿Cómo pensamos a un yo “libre”?

El duelo, aquello imposible

Ampliando la escucha me interioricé por otros autores que hayan abordado la temática del duelo. Me interesaba complejizar esta noción, poder plantear al duelo como un proceso que no se da de una vez ni para siempre. En dicha búsqueda me encontré con la definición de duelo trabajada por Derrida, quien propone otra figura del duelo: el duelo imposible. Este filósofo francés sitúa al duelo como algo imposible ya que lo concibe como algo infinito, entendiendo que el otro siempre es otro y como tal es imposible de ser captado en mi mismidad. Afirma la presencia de lo otro como anterior a mí y como tal, irreductible, como algo desconocido y muchas veces sin la posibilidad de ser comprendido. En este sentido plantearé que el duelo posible sólo puede pensarse a partir de la memoria en tanto interiorización, si reducimos al otro a la esfera de la mismidad. Sin embargo, aún en el intento de un duelo posible, comprobamos que la alteridad se nos escapa, que este ilusorio sentimiento de seguridad sólo es aparente, ya que el otro resiste la clausura de nuestra memoria interiorizante. (Derrida, 1998) Siguiendo esta línea de pensamiento, podríamos afirmar que la única manera de que un duelo sea posible es reduciendo al otro a mí mismo - haciéndolo parte de mí - y en este proceso si algo se evanece es el Otro, entendido como alteridad, como alguien diferente a mí. Por su parte Rabinovich retoma la lectura de duelo para Lacan. Planteará que la falta que provoca un sujeto hablante no es sustituible en ese punto donde fuimos nosotros mismos causa del deseo para ese Otro que ya no está. Dirá que podremos ser causa del deseo de algún Otro pero jamás exactamente del mismo modo. (Rabinovich, 1993) Pensar que jamás será del mismo modo nos posibilita concebir que aquello perdido, como tal, es insustituible. Rabinovich (1993) sentenciará: “Se esboza así un punto irreductible, incurable puede decirse, del duelo. Punto en el que no hay sustitución posible, punto imposible y, por ende, punto de real lógico. En ese agujero real, que no es pasible de ser sustituido ni colmado, allí se aloja la dignidad misma del sujeto en duelo, allí donde él mismo fue causa del deseo del Otro.” (p.61) Dichas conceptualizaciones sobre el duelo nos sumergen en el ámbito de la imposibilidad. Nos hace pensar que interiorizar al Otro en tanto Otro es una tarea por definición, siempre

inacabada. ¿Cómo vivir coexistiendo con lo otro? ¿Cómo convivir con la ajénidad sin intentar cautivarla en una mismidad? En este sentido, planteo la necesidad de ubicar que cuando escribo escriben muchos. En este sentido, es que me pienso no como una voz sino como un cúmulo de voces. Nunca algo estanco ni cerrado, sino más bien como algo inacabado.

Ser memoria

Se habla siempre de hacer memoria, más bien pienso que somos memoria. ¿La memoria es un ejercicio consciente y deliberado o más bien se reproduce en nuestros pequeños actos? Al transitar por la Unidad de Cuidados Paliativos del Hospital Tornú me encontré conversando con un colega sobre la importancia que tiene para las personas que se encuentran en un estadio terminal de la enfermedad el ser creyente. En una entrevista presencial con Alberto - un señor de 78 años de edad con un tumor de pulmón en estado avanzado - se dialogó sobre su vida. Se conversó sobre cómo había transcurrido su juventud; entre la melodía de los vinilos y los aprendizajes del secundario. Cuando se le consulta si tiene alguna preocupación, nos observa fijo con sus negros ojos cargados de agua y alude: “Espero que sea como todos dicen, que cuando nos morimos nos encontramos con nuestros seres queridos”. Particularmente refiere que al morir le gustaría reencontrarse con su abuelo paterno, a quien quiso mucho. En este sentido me parece pertinente ubicar que ser creyente no necesariamente tiene que ver con una creencia religiosa sino más bien con creer en algo. Una creencia que aporta sentido ante el sin sentido de la muerte. Un significado posible ante la incertidumbre de la finitud. Quizás la única certeza que es posible ubicar, en tanto seres parlantes, es la trascendencia vía lo simbólico. Simondon (2015) dirá: “En el momento en que un individuo muere, su actividad queda inacabada, y podremos decir que permanecerá inacabada en tanto subsistan seres capaces de reactualizar esta ausencia activa, semilla de conciencia y de acción. Sobre los individuos vivos se apoya la carga de mantener en el ser a los individuos muertos(...)” (p.315). Somos, los que sobrevivimos, acogida para la memoria y para la herencia; hogar y permanencia para los muertos. La trascendencia pensada como ser memoria. Eleonora de 68 años de edad concurre a tratamiento psicológico en Consultorios Externos de la Unidad Sanitaria Cortés hace varios años. El año pasado falleció su marido Mario - con quien compartió casi la mitad de su vida - tras haber estado varios años muy enfermo. Dicho fallecimiento significó una gran pérdida para ella quien, desde ese suceso, conversa sobre Mario en casi todas las sesiones. ¿Hasta cuándo iba a rememorar a Mario en cada sesión? ¿En algún momento iba a concluir el trabajo de duelo? ¿Introyectaré a Mario? Deslizo este último interrogante con humor, pero evidentemente era algo que se puso en juego cuando tras un año de tratamiento con Eleonora notaba que su angustia por el fallecimiento de su marido permanecía casi indomable. Podemos pensar que quizás no se trataba de introyectar

al objeto perdido incluyéndolo en una mismidad, sino más bien, de aprender a convivir con él.

Quizás se trata de escuchar sobre Mario una y otra vez, porque su presencia - aunque sea de otra manera - está en Eleonora. Derrida (1993) afirmará: “Aprender a vivir con los fantasmas, en la conversación, en la compañía o en el compañerismo, en el comercio sin comercio de los fantasmas. A vivir de otra manera. No mejor, más justamente. Pero con ellos” (p. 14-15). En este sentido no se trataría de des invertir un objeto para recuperar esa libido y asir nuevos objetos, sino más bien, de comprender que una parte de la libido siempre estará con el objeto perdido. Y así aprender a vivir con él. En este sentido Alizade (2021) afirmará: “El duelo no significa desprenderse del muerto, ni siquiera olvidarlo. Significa ir instalando intra psíquicamente en un lugar inolvidable (p.69).

Resistir al olvido

Gustavo Dessal, escritor y psicoanalista argentino, en “Una nota sobre el dolor” cuenta la historia del señor Itaru Susaki quien vivía en Otsuchi, un pequeño pueblo de Japón. Este señor tras haber atravesado el fallecimiento de un ser querido se le ocurrió instalar a lo alto de una colina una cabina telefónica en la que depositó un clásico teléfono negro, sin conexión alguna, para hablar con los muertos. Poco después, en el 2011, un tsunami arrasó con este pequeño pueblo que perdió casi la totalidad de sus dos mil habitantes. A partir de esta historia Dessal se propone reflexionar sobre la función de este teléfono para hablar con los muertos. Plantea que hablar a través del viento tiene la ventaja de conservar el registro del dolor, que es indispensable para en cada uno de nosotros sobreviva algo de la perecedera belleza de la vida (Dessal, 2021). Tomando esta tierna historia y la reflexión del autor, podríamos pensar que para que la belleza de la vida se produzca es necesario conservar algo del registro del dolor. Me atrevo a conjeturar que las personas que iban a conversar con sus muertos a través del viento, no desconocían la finitud de estos cuerpos, sino más bien, disfrutaban de lo placentero de crear el encuentro. Dessal (2021) terminará la nota agregando: “Que la dicha de lo dicho se esparza por el viento resistiendo el olvido”. (p.2) Podríamos plantear que las maneras que encuentra cada quién para resistir al olvido son singulares. Me resuenan las palabras de Celeste, de 3 años de edad, quien se encontraba atravesando el duelo por el fallecimiento de su padre. Éste se había suicidado días atrás y Celeste, según palabras de su madre, lo extrañaba mucho. Ella se había acostumbrado a que su padre todas las noches la acompañe a irse a dormir y le de las buenas noches.

Hoy sin la posibilidad de que la presencia física de éste la acompañe al descasar, optó por observar la ventana todas las noches y despedirse de las estrellas aludiendo que su padre se encontraba en el cielo. Este relato es traído por Josefina, madre de Celeste, a una consulta psicológica en Consultorios Externos de la Unidad Sanitaria Cortés. Motivó su consulta su preocupación

por sentir que su hija extraña al padre y no ha hecho el duelo. Algunos de los interrogantes que trae a la consulta son: “¿Es raro que todas las noches despidas al cielo? ¿Debo llevar a mi hija al cementerio? ¿Ya está lista?”. Podríamos pensar que el ritual nocturno entre Celeste, el cielo y su padre son una forma de elaboración de la pérdida. Una forma de elaboración que, como el teléfono negro de Itaru, resiste al olvido.

La autonomía de los cuerpos

¿El duelo es aquello excepcional que nos acontece al perder a un ser querido? ¿O acaso podríamos plantear que el duelo se nos aproxima ante cada pérdida? ¿Al terminar el día duelamos el sol saliente de la mañana? ¿Al ingresar a la pubertad duelamos nuestra imagen de niñez? ¿Qué nos pasó por el cuerpo al tener que permanecer en el aislamiento por la llegada del Covid-19? Si planteamos que el duelo acontece ante la pérdida, quizás, es algo más cotidiano. A Camila la conocí en mi rotación del año pasado por el dispositivo de Interconsulta del Hospital Ricardo Gutiérrez. Camila de 17 años de edad llega al Hospital desde Entre Ríos, su ciudad natal, porque presentaba una metástasis de su tumor de encéfalo. Este tumor apareció en su cuerpo en el 2017, desde ese momento hasta el año pasado realizó gran cantidad de intervenciones: quimioterapia, rayos y tres intervenciones quirúrgicas. Cuando conversamos se encontraba próxima a pasar por una nueva operación. Esta vez su preocupación se centró en si al operarla le iban a rapar el pelo. Le daba terror pensar que iba a salir del quirófano sin su larga cabellera. Podríamos pensar que se encontraba atravesando una situación muy compleja, pero en esta instancia lo que para ella era crucial era la pérdida de su cabello y esto era lo que había que ayudar a duelar. Es a través de la escucha activa y la presencia de Cecilia, mi referente en el Hospital, que fue posible ubicar la necesidad de mediar con les médicas para que le despejen dichos temores brindándole información sobre su operación. A su vez, con Camila pensamos gorros que se podía comprar y formas de acomodarse a su nueva modificación corporal. Camila estaba terminando el secundario, proyectaba empezar sus estudios en el profesorado y ansiaba volver a Entre Ríos a pasar las tardes en el río con sus amigas. En nuestras charlas me contó de sus amores de verano, del sol y las andadas en moto por el barrio. Camila, adolescente y vital, transitó esta nueva operación quirúrgica con buenos resultados y volvió a su ciudad natal. A los meses, me vuelven a contactar desde una unidad del Hospital para comentarme que Camila reingresó al nosocomio y preguntaba por mí. Me acerqué a la sala y tras dialogar con les médicas, me comentaron que volvió a hacer metástasis y que en esta oportunidad ya no había sentido volver a intervenir porque el tumor se encontraba en un estadio muy avanzado. Empezó un tratamiento por cuidados paliativos y se evaluó cómo proseguir. Tras este mal pronóstico tuve una última entrevista con Camila, quien manifestó sentir que no podía hacer nada contra su enfermedad. Sentía que la misma avanzaba

y que ella no podía controlarlo. En esta instancia nos preguntamos que sí podía hacer, a lo que destacó que le gustaría poder reencontrarse con su padre, con quien mantenía un vínculo conflictivo. Planificamos juntas la mejor manera de que pueda reencontrarse con él. En esa última entrevista estaba tranquila. Manifestaba las ganas de volver a Entre Ríos; querer recuperar las tardes en el río con amigas, poder volver a pasear con el chico que le gustaba y compartir unos mates con la madre en su casa. Es desde este interés que junto con mi referente manifestamos al equipo médico la necesidad de que Camila pase su fin de vida en su ciudad natal. Que vuelva a Entre Ríos a vivir su vida como ella elige que sea vivida. Porque creo que no sólo es importante tener la libertad de optar cuándo una decide gestar vida, sino también de decidir de qué modo queremos morir. Poder trabajar en acompañar una muerte digna, desde el amor y la empatía. Alizalde dirá “La tipología de las muertes muestra cuánto depende el hombre de su entorno tanto para morir como para vivir” (p.19). En este punto podríamos plantear que es una cuestión ética y política de qué modo una sociedad acompaña la decisión de una persona de morir. ¿La sociedad acompaña a que las personas puedan decidir sobre la autonomía de sus cuerpos? ¿Qué lugar para la legislación en todo esto? En un reciente seminario que asistí sobre el final de la vida, se debatió sobre la legislación en muerte digna y eutanasia. En el debate escuché que citaban la “ley de platino” de Karl Popper. Esta ley propuesta por este profesor y filósofo austríaco propone que hay que tratar a los demás, siempre que sea posible, del modo en que a ellos les gustaría ser tratados. Me pareció interesante el planteo que centraliza la decisión sobre la propia persona de cómo quiere que la traten. La decisión singular de cada quién sobre qué hacer y qué quiere que hagan - o no - sobre su propio cuerpo.

Desde el amor

A Juan lo conocí en los pasillos del Hospital Tornú. Desde el equipo de Cuidados Paliativos primero conocimos a Mónica, su pareja. Mónica se encontraba internada hace unos pocos días porque se complicó su cuadro de esclerosis lateral amiotrófica (ELA). Ella presentaba esta enfermedad hace varios años, pero en los últimos tres meses el cuadro se agudizó y su familia la asistía en sus cuidados básicos. Cuando yo la conocí ella se encontraba entubada y muy deteriorada. Podía mover únicamente sus pestañas y se comunicaba abriendo o cerrando las mismas, siendo su pronóstico muy desfavorable. La angustiante mirada de Mónica me impactó, pero quizás más aún, la llamativa parsimonia y tranquilidad con la que se encontraba su marido Juan. En la entrevista con él, éste refiere que hace unos años falleció su ex pareja y ya pasó por lo que es perder a un ser amado. Su principal pedido era que Mónica no sufra. Entendía que el estado en el que ella se encontraba era crítico, nos describió cómo en los últimos meses de manera muy rápida se fue deteriorando. Y desde su amor el pedido era claro: que su amada no sufra más. Han (2018) dirá: “El amor pasa a ser una estrategia

para sobrevivir. Cuando uno se pasa al otro, cuando uno es el otro, cuando uno ama olvidándose de sí, mi muerte ya no existe. Quien ama no muere. El miedo desaparece”. (p. 12) El miedo en Juan parecía haber desaparecido, lo que primaba era querer el bienestar de Mónica. Han (2018) agrega: “Se debe superar la muerte con la fuerza del amor”. (p. 117-118) En este sentido podríamos pensar que la tranquilidad de Juan se sostenía en el amor. El ser consciente que el estado de Mónica implicaba una mala calidad de vida y así ella no merecía vivir.

Concluir: Dar lugar al morir

A lo largo de este escrito intenté hacer un recorrido por el concepto del duelo. Para ello tomé cinco viñetas clínicas: Alberto, Eleonora, Camila, Celeste y Mónica. A partir de estos recortes precisé algunas cuestiones acerca del tema. En mi modo de intervención en estos casos intenté hacer lugar al dolor. Poder poner palabras donde no las hay. ¿Qué palabras encontrar para el advenimiento de un real? Rabinovich (1993) retomando los aportes de Lacan dirá: “(...) el duelo corresponde no a la castración, sino a la privación. Define la privación como un agujero en lo real, a diferencia de la castración que es un agujero en lo simbólico” (p.58) En este sentido podríamos plantear que la dirección en estas entrevistas fue poder hacer lugar al agujero en lo real. Considero que esto es un posicionamiento clínico, pero también ético. En nuestra sociedad occidental no se suele dar lugar al diálogo sobre la muerte. Probablemente porque el hablar sobre esto puede en algunos casos conllevar angustia y la misma -muchas veces- es improductiva para la sociedad actual. Bernard N. Schumacher (2018) en Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea dirá: “Con el fin de proteger la felicidad, el hombre occidental contemporáneo se las ha ingeniado para dejar de pensar sobre la muerte y, más particularmente, sobre su propia muerte, [...] el acto de filosofar se entendía en la tradición filosófica como una preparación para la muerte, como una meditación sobre la vida y la muerte”. (p.13) En este punto podríamos plantear que filosofar, dialogar, es una preparación para la muerte. Tomaré una última viñeta clínica, la de Hugo de 71 años. Hugo concurre por primera vez a la Unidad de Cuidados Paliativos del Hospital de Agudos “Piñero”. Hace ocho años tuvo cáncer de colon y actualmente presenta metástasis en pulmón e hígado, teniendo un pronóstico desfavorable. Esta primera entrevista se realizó de forma conjunta con su pareja, Susana. En el diálogo entre ellos se observa la insistencia de Susana porque él intente estar de buen ánimo, reitera la importancia de que él “vea el vaso medio lleno”. Mientras Susana sentencia estas palabras a Hugo se lo percibe muy decaído y sin emitir palabras. Decidimos para la semana siguiente citarlo sólo. A la siguiente entrevista concurre ya sin su pareja, y allí comenzó a desplegar su angustia. Refiere tener reiterados ataques de pánico y tener miedo de lo que vaya a pasar. Hoy no puede ni querer ver el vaso medio lleno. Dar lugar al morir es ofrecer un espacio para poder hablar del dolor. Dar lugar al morir conlleva alojar desde una

escucha amorosa las preocupaciones y la angustia de quién se encuentra en una situación de duelo. Dar lugar al morir no sólo implica poder escuchar empáticamente y amorosamente lo que el otro tenga para decir, sino también comprender que al morir se da lugar a lo que está por venir.

BIBLIOGRAFÍA

- Águila, A.J. El imposible duelo o la traición más justa. La política de los fantasmas en Jacques Derrida. Recuperado el 25 de junio de 2022, de <https://revistas.um.es/daimon/article/view/376701/304851>
- Alizade, A.M. (2021) Clínica con la muerte. Buenos Aires: Ediciones Biebel.
- Derrida, J. (1998) Memorias para Paul de Man. Recuperado el 25 de junio de 2022, de https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/de_man.htm
- Dessal, G. (2021) Una pequeña nota sobre el dolor. Recuperado el 25 de junio de 2022, de <https://redpsicoanalitica.org/2021/09/14/una-pequenana-nota-sobre-el-dolor/>
- Despret, V. (2021) A la salud de los muertos. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Freud, S. [1915] (1917) Trabajos sobre metapsicología, duelo y melancolía. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, B. (2018) Muerte y alteridad. Barcelona: Herder Editorial.
- Rabinovich, D.S. (1993) La angustia y el deseo del Otro. Buenos Aires: Ediciones Manantial
- Schumacher, B.N. (2018) Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea. Barcelona: Herder Editorial.